

RODOLFO PUIGGRÓS

EL RACISMO EN LOS SOCIÓLOGOS ARGENTINOS

EL ANTISEMITISMO actualizado por las doctrinas irracionistas y míticas de los nazis ha hecho olvidar otras formas de racismo que afectan directamente a los pueblos latinoamericanos y pretenden identificarse con el avance rectilíneo de la civilización y de la democracia. Sin embargo, tales formas de racismo subsisten y se manifiestan hasta en algunos de los grupos sociales calificados de “progresistas” y “defensores de la libertad” que se movilizaron activamente contra la barbarie hitleriana.

Si en las clases dominantes de Estados Unidos abundan las personas que no creen en la incompatibilidad de las persecuciones a los negros con el ejercicio de la democracia, en nuestra América no han perdido influencia las concepciones anticientíficas de aquellos sociólogos de fines del siglo pasado y comienzos del presente que prescindían de las enseñanzas de la historia al declarar a la raza blanca (y, en particular, a los anglosajones y germanos) portadora por antonomasia de la civilización y maestra de democracias y progreso de hombres y mujeres no favorecidos, según dichos autores, por las leyes biológicas. Como la humanidad no avanza en línea recta sino en espiral, a través de las contradicciones de un desarrollo que eleva a pueblos y clases postergados y destruye a regímenes y clases momentáneamente dominantes, los hechos han probado la falsedad de esa sociología idealizadora de la superioridad de los anglosajones, tras la cual se oculta una conciencia colonial a la zaga de la penetración ideológica del imperialismo.

El contenido imperialista de esas formas de racismo se comprueba con el análisis de los cambios operados en el pensamiento de Europa occidental cuando su burguesía en plena madurez inició su expansión a los otros continentes, antes del paso del capitalismo de la etapa de libre competencia a la etapa de los monopolios. Antonello Gerbi ha reunido en su erudito estudio *La disputa del Nuevo Mundo* citas impresionantes que certifican el

desprecio de los soberbios pensadores europeos de los siglos XVIII y XIX hacia lo nativos de nuestro continente.¹ El gran Buffon decía que carecían de vivacidad, de actividad en el alma; Hume los calificaba de seres inferiores; De Pauw los llamaba degenerados; y así, en general, se los miraba desde las alturas de la civilización, sin faltar en Estados Unidos uno de los descendientes de los "Pilgrim Fathers" (H. H. Brackenridge en 1782) que condensara estas opiniones en la famosa frase: "*the animals, vulgarly called Indians*".

Los escritores y políticos latinoamericanos de la época de la organización nacional de nuestros países sostuvieron entre sí polémicas, a veces de subido tono, acerca de tal tema. Nos referiremos por el momento solamente a los argentinos y de ellos a los que dividían a la humanidad en razas inferiores y superiores, es decir en dos categorías biológicas fijas e irreducibles una a la otra, a los que oponían la *civilización* de la raza blanca a la *barbarie* de indios, negros, mestizos, mulatos y zambos, a los que proyectaron y trabajaron por construir la democracia e impulsar el progreso sin contar con las masas aborígenes más que como elementos negativos de los cuales era menester *limpiar* nuestras tierras cuanto antes. Tiene actualidad la investigación del racismo de nuestros más prestigiosos sociólogos y estadistas por cuanto hasta hoy, en las contiendas políticas de los últimos años, la democracia de algunos demócratas de derecha y de izquierda se traduce en expresiones despectivas de repulsa de los "cabecitas negras" del interior que emigraron a los grandes centros urbanos para convertirse en la médula del proletariado argentino. Un enardecido político radical los llamó "malón zoológico"² y es corriente oír no solamente a oligarcas, sino también a algunos izquierdistas denominarlos "chusma", "desclasados" o, con intención peyorativa, "indios" o "negros".

BARBARIE Y RACISMO

Domingo Faustino Sarmiento fue, sin duda alguna, un gran escritor, un estadista que luchó por la democracia y el progreso, uno de los más notables educadores de América Latina. Su nombre es sinónimo de maestro, pero en los libros y en la acción del maestro la nota racista aparece con frecuencia.

¹ Antonello Gerbi: *La disputa del Nuevo Mundo*, Fondo de Cultura Económica, 1960, México-Buenos Aires.

² "Malón" se llamaba en otras épocas a las agresiones en masa de los jinetes indios pampeanos a los poblados cristianos.

El “gaucho de la república de las letras”, como lo clasificó Menéndez y Pelayo, le aconsejaba al general Mitre “no economizar sangre de gauchos, pues es lo único que tienen de humano” y se dio por meta hacer tabla rasa de la Argentina guachiespañola. En *Facundo*, más novela que biografía según él mismo lo reconoció, se debate entre la manera de ser de nuestro pueblo y la manera que quería que fuera para estar a la altura de los pueblos más civilizados. Su impaciencia le hacía desear el aniquilamiento de la vieja Argentina colonial y su sentido de la realidad le imponía definiciones como esta:

Un caudillo que encabeza un gran movimiento social, no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia.³

Tal contradicción, que nunca logró superar, imprimió extraordinaria movilidad a su pensamiento y febril actividad a su vida política.

La sociología racista (mezcla del utilitarismo de Bentham y Stuart Mill, importado por los ingleses junto con sus mercaderías y capitales, con las doctrinas racistas de Chamberlain y Gobineau) difundió el más absoluto desprecio de los orígenes nacionales y todo lo redujo a una subalterna acusación de impotencia a la cruz de español, negro e indio comparada a la pureza, la inteligencia y la capacidad de trabajo de los anglosajones y germanos. No se ha escrito una falsificación tan burda de nuestra composición social como *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge, obra pseudocientífica en la que se sustituyen las causas materiales de nuestra inferioridad por pretendidas taras psicológicas inmanentes a los iberoindio-americanos.⁴

— José Ingenieros comparte, con escasas reservas, tales ideas. Escribe:

Sarmiento —en *Conflicto y armonías de las razas en América*— encaró con agudeza este problema; Bunge sigue rumbos semejantes, aunque fácilmente se adivina que no había leído *Conflicto*. En nuestra población hispanoamericana reconoce el producto de tres grupos étnicos que accidentalmente convergieron a su constitución. Mientras los ingleses tuvieron en Norte América hembras anglosajonas, conservando pura su psicología al conservar la pureza de su sangre, los españoles se cruzaron con mujeres indígenas, combinando sus taras psicológicas con las de la raza inferior con-

³ Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo*, Ross, Buenos Aires, 1938, pág. 39. Ver también *Las ciencias y una, Conflicto y armonías de las razas en América*, etcétera.

⁴ Carlos Octavio Bunge: *Nuestra América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1926.

quistada; esa sería la diferencia fundamental en la colonización de ambas Américas. Los yanquis son europeos puros; los hispano-americanos están mestizados con indígenas y africanos, guardando en la zona templada la apariencia de europeos por simple preponderancia de la raza más fuerte.⁵

En *Los precursores* se complace en destacar también la interpretación racista de Sarmiento,⁶ en *Sociología argentina*⁷ afirma concretamente que

la formación de la nacionalidad argentina es en su origen un simple episodio de la lucha de razas,

y en *La formación de una raza argentina*⁸ anuncia el

advenimiento de una *raza blanca argentina* (...) que pronto nos permitirá borrar el estigma de inferioridad con que han marcado siempre los europeos a los sudamericanos.

La evolución de las ideas argentinas, obra de despedida en la que se propuso Ingenieros exponer ampliamente su pensamiento maduro sobre el proceso histórico nacional, se caracteriza por el desprecio *in globo* de las causas de nuestros orígenes sociales a las que aplica los más duros adjetivos y por la concepción de nuestra historia como reflejo o eco de la historia europea, cayendo en la concepción metafísica de los historiadores y sociólogos que manejan las causas externas como si fueran demiurgos o fuerzas sobrenaturales capaces, por sí mismas, de determinar el curso de las sociedades latinoamericanas independientemente de lo que ellas son y de sus tendencias al autodesarrollo.

Hace una mezcolanza de causas internas y externas, pero en última instancia su eclecticismo se pronuncia por la última moda imperante en el Viejo Mundo. Aplica la *teoría de los factores*,⁹ muy en uso entre los

⁵ *Ibidem*, prólogo de Ingenieros, pág. 13.

⁶ José Ingenieros: *Los precursores*, Editorial P. Ingenieros, Buenos Aires.

⁷ José Ingenieros: *Sociología argentina*, Lozada, Buenos Aires, 1945, páginas 31-32.

⁸ *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, I, 1915.

⁹ Fue Lasalle el padre de la *teoría de los factores* al aplicarla al análisis de lo que es una Constitución. Antonio Caso (1883-1946), de tanta influencia ideológica en la Revolución Mexicana, sostenía que debían formar parte de la Constitución: el ejército, los acaudalados, el proletariado o sindicalismo obrero y la Iglesia Católica. Admitía un quinto factor: el poder de Estados Unidos, pero afirmaba que no debía integrarse pues si así se hiciera México dejaría de ser país independiente. Antonio Caso: *México. Apuntamientos de cultura patria*, Imprenta Universitaria. México, 1943, pág. 9. También en la Argentina se empleó la *teoría*

sociólogos burgueses de la escuela positivista, según la cual la raza, la moral, la política, la economía, etc., ejercen una acción equivalente en el desarrollo social y de este modo las causas económicas se esfuman o pasan a desempeñar un papel subalterno. Los altibajos de la historia argentina vendrían a ser así el reflejo empequeñecido y tardío, casi una caricatura, de la lucha entre reacción y revolución en Europa. La obra de Ingenieros carece de una filosofía coherente y en ella se cosecha marxismo y positivismo, metafísica y realismo ingenuo, irracionalismo nietzscheano y cientificismo, humanismo y racismo, admiración a la revolución proletaria y apología emersoniana del gran hombre, materialismo e idealismo, sin dar una interpretación clara y verdadera de nuestro desarrollo social. Solamente queda en pie como afirmación axiomática que "el atraso de estas desventuradas comarcas" proviene de la conquista española.¹⁰

EL DILETANTISMO DE INGENIEROS

Podrían llenarse volúmenes con citas de obras que dan a la conquista española de América el valor de causa única determinante de nuestro atraso con acción prolongada a lo largo de los siglos, pero por numerosas y prestigiosas que sean tales fuentes dan una idea falsa de nuestra evolución histórica y responden a un complejo colonial de inferioridad que trata de compensarse con la exaltación de las democracias anglosajonas y la justificación del dominio económico y la preponderancia ideológica del imperialismo anglosajón en nuestros países.

En el caso particular de Ingenieros induce a error el justificado entusiasmo de sus panegiristas por quien fue campeón del antiimperialismo a comienzos de siglo. No pueden regatearse al autor de *Las fuerzas morales* méritos de denunciante de los objetivos imperiales de Estados Unidos y de promotor de movimientos de autodeterminación de nuestros pueblos, si

de los factores con fines políticos inmediatos por el grupo financiero-periodístico que, desde la revista *Qué*, auspició, organizó e hizo triunfar la candidatura presidencial del doctor Arturo Frondizi, con la diferencia de que ese grupo no rechazaba, como Caso, a Estados Unidos, sino que lo consideraba el *factor de poder* determinante y el fundamento de lo que llamó, una vez en el gobierno, *plan de desarrollo*, siendo en la práctica un *plan de desarrollo deformado* a costa del desarrollo natural y autónomo del país.

¹⁰ José Ingenieros: *La evolución de las ideas argentinas*. Problemas, Buenos Aires, 4 tomos. Agustín Álvarez desarrolla, en su "ensayo de psicología política" —*South America*, Rosso, Buenos Aires, 1933— *las ideas* de los autores citados desde el punto de vista de la moral.

bien nunca entendió el carácter dependiente y deformado que el imperia-
lismo británico impuso a la estructura socioeconómica de la Argentina, ni
que la industrialización y el proteccionismo aduanero constituyen dos puntos
imprescindibles y esenciales de toda plataforma práctica de emancipación
nacional. Decía al referirse al periodo 1880-1890:

Toda política favorable a los intereses del capitalismo naci-
ente (que es una pequeña minoría) ha sido un proteccionismo de
especulación sobre la economía del trabajo social, pues las verda-
deras fuentes de riquezas son la agricultura y la ganadería.¹¹

No podía expresarse con mayor precisión el pensamiento de los terrate-
nientes ganaderos y de los comerciantes importadores para quienes la pro-
tección de la industria nacional (el *capitalismo naciente*) siempre fue una
desviación de lo que consideran el destino único de nuestra economía semi-
colonial de abastecimientos al imperialismo. Durante los últimos cien años
la política económica de esos sectores se ha centrado en la oposición a que la
renta nacional y, en general, las acumulaciones internas de capital se
inviertan en la industria. Prefieren que se dilapiden, mediante el acrecenta-
miento del parasitismo privado y estatal o depositarlos en bancos extranje-
ros, antes de tolerar un armónico e integral autodesarrollo económico que
destruya privilegios derivados del atraso y de la dependencia del país.

Existe una relación causal entre la ideología y la actitud ante los pro-
blemas sociales. Ingenieros, que no entendió al marxismo, se adscribió al
positivismo (la sociología que en Inglaterra con Spencer y en Francia con
Comte se fundó como ciencia independiente) de igual modo que en 1820
Rivadavia se hizo adepto del utilitarismo de Jeremías Bentham. Claro está
que, como lo hemos anotado, su positivismo no era muy ortodoxo, pues
estaba mechado de voluntarismo y otras corrientes que incluía dentro de
su concepción de la cultura en abstracto, sin determinar su contenido. A
los jóvenes les enseñaba a sublimar su individualidad en pos de un ideal no
especificado y a fuer de repudiar subjetivamente la mediocridad les hacía
creer que eran genios sin dejar de ser mediocres.

Como positivista, ya que sus epígonos lo circunscriben a esta escuela,
pregonaba el gobierno de los superiores sobre los inferiores (esto es, la ideo-
logía del imperialismo que en alguna oportunidad también expuso en
relación a la Argentina sobre el resto de América Latina) y daba por fun-
damento de la sociedad no a las relaciones económicas sino a las rela-
ciones naturales, lo que le permitía evitar una crítica a fondo del sistema

¹¹ José Ingenieros: *Sociología, op. cit.*, pág. 63.

capitalista y apasionarse por el socialismo y la Revolución Rusa sin comprometerse con la concepción del mundo que el proletariado trae en su conciencia.

El diletantismo de Ingenieros, cuyos estragos se hacen sentir tanto dentro como fuera de las fronteras argentinas, no conciliaba con la interpretación del desarrollo en función de sus causas internas. Veía *la evolución de las ideas argentinas* al compás de las ideas europeas y no la evolución de la sociedad argentina bajo el impulso de sus propias contradicciones, asimilando el pensamiento más avanzado del mundo en beneficio de su auto-desarrollo. Tiene, pues, explicación el racismo que impregna el conjunto de su obra. Su actitud idealista, que transtrueca lo necesario en contingente y viceversa, desembocó en la apología de la cultura occidental, es decir de la cultura de la burguesía, no importa los brochazos de socialismo y obrerismo que no consiguen disimularla.

EL ESQUEMA HISTÓRICO DE RICARDO ROJAS

El esquema histórico de Ricardo Rojas, muy de moda hace algunos años, embarulla la percepción del proceso objetivo al reducirlo a la abstracta antítesis de indianismo y exotismo:

primero los indios precolombianos vencidos por los conquistadores españoles vencidos por los inmigrantes europeos; y tendremos, por fin, a los mercaderes inmigrados vencidos por los artistas autóctonos, o sea el exotismo nuevamente vencido por el indianismo.*

Sin embargo, el autor de *Eurindia* intuye, aunque con base en el juego de factores esotéricos (fuerzas telúricas, raza, psicología, espíritu o no se sabe qué efluvios misteriosos), la interacción de causa interna y causa externa:

asimilación de la civilización exótica por la tradición indiana (. . .) en América el proceso de "antes" y "después" se entrecruza con las mareas sociales de «aquí» y de «allá», o sea, de afuera hacia adentro y de adentro hacia afuera, en una especie de ritmo intercontinental.

O al referirse a la mentalidad colonial de descollantes intelectuales:

Mas he ahí, que al cabo de tres generaciones llamadas libres, advertimos que nuestros maestros, por necesidad pragmática o por fatalidad del ideario colonial redivivo, nos han impuesto dogmas

* Ricardo Rojas: *Eurindia*, La Facultad, Buenos Aires, 1924, págs. 19-20.

exóticos. Hemos abolido una metrópoli para sustituirla por varias. Removido el obstáculo de España, se buscaron otros modelos: Echeverría dijo: *Francia*; Alberdi dijo: *Inglaterra*; Sarmiento dijo: *Estados Unidos*; otros dijeron: *Grecia, Rusia, Alemania* (...). Acaso todo ello ha tenido su justificación en las necesidades de aquel tiempo. Hoy no la tiene. La necesidad nueva consiste, no en vestir prestadas formas de Europa, sino en asimilar las esencias de la cultura universal, sin someternos a modelos exóticos por el solo hecho de serlo, y antes, por el contrario, buscando en la propia vida americana las normas que convienen a nuestra capacidad creadora.**

Lástima que *la teoría de los factores*, extraída del repertorio positivista, obnublezca el pensamiento de Ricardo Rojas y dé en *Eurindia* la primacía a las relaciones ideales sobre las materiales, quedando encubiertas las verdaderas causas del origen y desarrollo de nuestra sociedad. Como historiador idealista de la cultura se abstiene de investigar las contradicciones en las causas materiales internas. Prefiere recurrir a factores míticos (influencias espirituales, númenes, dioses, etc.) o secundarios (laza, geografía, psicología, etc.). De todos modos, y aunque invierte la realidad, su planteo en abstracto de la interacción de causas internas y externas contiene no despreciables elementos dialécticos: por ejemplo, cuando menciona en la cita anterior la asimilación de

las esencias de la cultura universal (...) buscando en la propia vida americana las normas que convienen a nuestra capacidad creadora.

Ricardo Rojas se remonta a Grecia al pesquisar las fuentes de nuestra cultura y hay en sus reflexiones más de un acierto dialéctico entre la mucha hojarasca casi ocultista. El tema es peligroso. La referencia a los griegos nunca falta en los historiadores idealistas en relación al problema de las causas. Hablan de Grecia como de un *milagro*, cuyo origen material no puede demostrarse, pues habría nacido de la nada o de una creación misteriosa. Como forjó arquetipos en política, arte y filosofía que tienen vigencia a través de los regímenes sociales que se han sucedido, como en nuestros lenguajes empleamos palabras de procedencia helénica, como las grandes líneas divergentes del pensamiento (la dialéctica heraclítica y el fijismo del ser parmenídeo, el materialismo democríteo y el idealismo platónico) se iniciaron en *las polis* jónicas, resultaría que toda nuestra cultura es hija del *milagro* helénico.

** *Ibidem*, págs. 159-160.

El *milagro* helénico se concibe como el sobrenatural alumbramiento de una raza que se consideraba a sí misma superior al resto de los seres humanos, raza de aristócratas del pensamiento emparentados con los dioses. Al proyectar al plano biológico (como diferencias ingénitas entre los hombres) lo que pertenece al plano social (clases y luchas de clases) se trata de justificar como dictado de la naturaleza o de la divinidad la explotación del hombre por el hombre y la opresión de unos pueblos por potencias extrañas. Pero el Peloponeso fue, antes de estabilizarse jonios y dorios, teatro de la más colosal mezcla de estirpes y gentes, un auténtico *caos de razas*, según lo define Tucídides. De esa confusión que borró el pasado, de esa centenaria contienda surgieron las clases y se elevó sobre ellas el demócrata esclavista glorificado en la Atenas de Pericles. No hubo una raza griega hija de los dioses, sino una sociedad griega hija de causas históricas.

Nos alejaríamos del tema si entráramos a bucear las causas internas del *milagro* helénico, es decir las causas que hicieron que Grecia, y no otra sociedad del mundo antiguo, asimilara, expurgara, desarrollara e incorporara a una unidad superior lo que aprendió en Egipto, Palestina, Fenicia, Babilonia, India y China. Grecia fue maestra de Occidente después de ser discípula de Oriente, pero no una maestra pasiva, simple trasmisora de conocimientos anteriores, sino la creadora de la filosofía y de la ciencia, la descubridora del materialismo y la dialéctica en la naturaleza objetiva de las cosas. Su *milagro* deja de serlo si se comprende que se acercó a las añejas culturas orientales con una base receptiva formada en el curso de siglos de desarrollo de condiciones materiales internas, con la conciencia preparada para encontrar el meollo racional en lo que hasta entonces solamente era mito y leyenda.

Grecia (una sociedad atrasada que se elevó por encima de las más adelantadas y dio a la humanidad una nueva síntesis de milenaria trascendencia) es la negación de la idea metafísica de *raza* y el ejemplo clásico de la relación que se entabla entre causas externas e internas, de la interdependencia entre ellas, del lugar que a cada una le corresponde, de la creación de un orden social superior y de la aparición de un pensamiento más profundo cuando las causas internas absorben, asimilan y transforman en su propia substancia culturas anteriores.

América Latina está entrando en tal etapa creadora en tiempos de las grandes revoluciones proletarias y de la conquista por el hombre de su conciencia materialista dialéctica de la realidad materialista dialéctica del cosmos. Nuestra actitud hacia el pasado solamente puede ser consecuentemente crítica en el sentido dialéctico de la palabra, esto es excluyendo todo

nihilismo y toda apologética, desarrollando a través de la negación que absorbe lo que el pasado posee de germen del mañana.

Desde tal enfoque de nuestros problemas histórico-sociales, los sociólogos racistas argentinos corresponden a la época de la gran corriente inmigratoria que se incorporó a la sociedad argentina. Pero los extranjeros y sus hijos y sus nietos se mezclaron con los antiguos hijos del país y no promovieron el menor conflicto de razas. El esquema idealista que dividía a los hombre en razas superiores e inferiores probó su falsedad en la vida práctica. Se formó una nación argentina y no una raza argentina, una nación que es un pueblo que tiende sus brazos a los pueblos en lucha por la humanidad emancipada y no cree que la democracia, la libertad y la civilización sean patrimonio de pequeños clanes biológicos dueños todavía del poder económico y en rápido proceso de fosilización.